



## **Virgen del Remedio**

### **San Nicolás**

Alicante, 5 de Agosto de 2016

Hoy celebramos la fiesta de Ntra. Sra. del Remedio, nuestra patrona, en el contexto de este tiempo de gracia, que es el Año Jubilar de la Misericordia.

A lo largo de este tiempo Jubilar el Señor nos ha regalado momentos verdaderamente excepcionales, como ha sido sólo hace unos días la experiencia de fe y de fraternidad eclesial entre la millonaria multitud de asistentes a la Jornada Mundial de la Juventud en Polonia, y como ha sido lo que nos ha dicho el papa Francisco a los jóvenes y a todos, compartiendo su sueño de paz, en medio de la guerra y de una sociedad que necesita recuperar su alma, sus valores, haciéndose como eco de sus palabras del pasado 6 de mayo cuando recibía en Roma el Premio Carlomagno y finalizaba su discurso con esta hermosa afirmación: “Sueño una Europa de la cual no se pueda decir que su compromiso por los derechos humanos ha sido su última utopía”. Año de la Misericordia para, desde el redescubrimiento de Dios, que es Padre bueno, cercano en su Hijo, y rico en misericordia con todos y siempre, vencer los miedos, pedir la gracia del perdón y construir puentes entre personas y pueblos.

El Evangelio que acabamos de oír en el día de la Virgen del Remedio, el de las “Bodas de Caná”, muestra precisamente en Jesús, hijo de Dios, y en María, su madre, esa tenue luz de la cercanía misericordiosa, ese hilo divino que atraviesa delicadamente la historia humana, nuestra historia, y teje la historia de la Salvación. Allí, en Caná, no se ha realizado un gesto asombroso, sino más bien un milagro sencillo en un pequeño pueblo, que alegra las nupcias de una joven familia, totalmente anónima. Sin embargo, el agua transformada en vino en la fiesta de la boda es un gran signo, porque revela el rostro de un Dios que se sienta a la mesa con nosotros, que sueña y establece comunión con nosotros. Nos dice que el Señor no mantiene las distancias, sino que es cercano y concreto, que está en medio de nosotros y cuida de nosotros.

Dios nos salva haciéndose pequeño, cercano y concreto. Ante todo, Dios se hace pequeño, y prefiere a los pequeños. Los pequeños hablan su mismo idioma: el amor humilde que hace libres. Por ello llama a personas sencillas y disponibles para ser sus portavoces, y les confía la revelación de su nombre y los secretos de su corazón.

Además, Dios es cercano, su Reino está cerca: el Señor no desea que lo teman como a un soberano poderoso y distante, no quiere quedarse en un trono en el cielo o en los libros de historia, sino que quiere sumirse en nuestros avatares de cada día para caminar con nosotros.

Por último, Dios es concreto. Así lo vemos en la Palabra proclamada: el Verbo de hace carne, nace de una madre, nace bajo la ley (cfr. Ga 4,4), tiene amigos y participa en una fiesta: el eterno se comunica pasando el tiempo con personas y en situaciones concretas. También, cuándo nosotros, hemos podido experimentar en carne propia la concreta bondad de Dios por medio de María, nuestra Virgen del Remedio, sintiendo la ternura concreta y providente de la Madre de todos, a quien hemos venido, hoy especialmente, a venerar.

Aquí reunidos, volvemos los ojos a ella. En María encontramos la plena correlación con el Señor: al hilo divino se entrelaza así en la historia un “hilo mariano”, como decía el pasado jueves el papa Francisco en su visita a Czestochowa y de quien tomo su reflexión sobre el Evangelio que hemos leído y que llega a afirmar que si hay alguna gloria humana, algún mérito nuestro en la plenitud del tiempo, es ella: es ella, María, ese espacio preservado del mal en el cual Dios se ha reflejado; es ella la escala que Dios ha recorrido para bajar hasta nosotros y hacerse cercano y concreto; es ella el signo más claro de la plenitud de los tiempos.

En la vida de María admiramos esa pequeñez amada por Dios, que “ha mirado la sencillez de su esclava” y “enaltece a los humildes” (Lc 1, 48-52). Él se complació tanto en María, que se dejó tejer la carne por ella, de modo que la Virgen se convirtió en Madre de Dios. Que ella nos siga indicando el camino, a cuantos nos dirigimos a ella con la dulce advocación de Madre del Remedio, y nos ayude a tejer en la vida la trama humilde y sencilla del Evangelio.

En Caná, como aquí, María nos ofrece su cercanía. Ahora como entonces, lo hace con cuidado de Madre, con la presencia y el buen consejo. Que ella, nuestra Madre del Remedio, firme al pie de la cruz y perseverante en la oración con los discípulos en espera del Espíritu Santo, nos infunda el deseo de ir más allá de las dificultades y la serena certeza de confiar siempre en la inagotable misericordia de Dios.

La Virgen demostró en Caná mucha concreción; es una Madre que toma en serio los problemas e interviene, que sabe detectar los momentos difíciles y solventarlos con discreción, eficacia y determinación. No es dueña ni protagonista, sino Madre y sierva. Pidamos la gracia, en esta Eucaristía de su fiesta como patrona de Alicante, de hacer nuestra su sencillez, su fantasía en servir al necesitado, la belleza de dar la vida por los demás. Que ella, causa de nuestra alegría, que lleva la paz en medio de la abundancia del pecado y de los sobresaltos de la historia, nos alcance la sobreabundancia del Espíritu, para ser siervos buenos y fieles.

Que por intercesión de nuestra Madre del Remedio, la plenitud del tiempo nos renueve también a nosotros. De poco sirve el paso entre el antes y el después de Cristo, si permanece sólo como una fecha en los anales de la historia.

Que pueda cumplirse, para todos, y para cada uno, un paso interior, una Pascua del corazón hacia el estilo divino encarnado en María: obrar en la pequeñez y acompañar de cerca, con corazón sencillo y abierto. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante